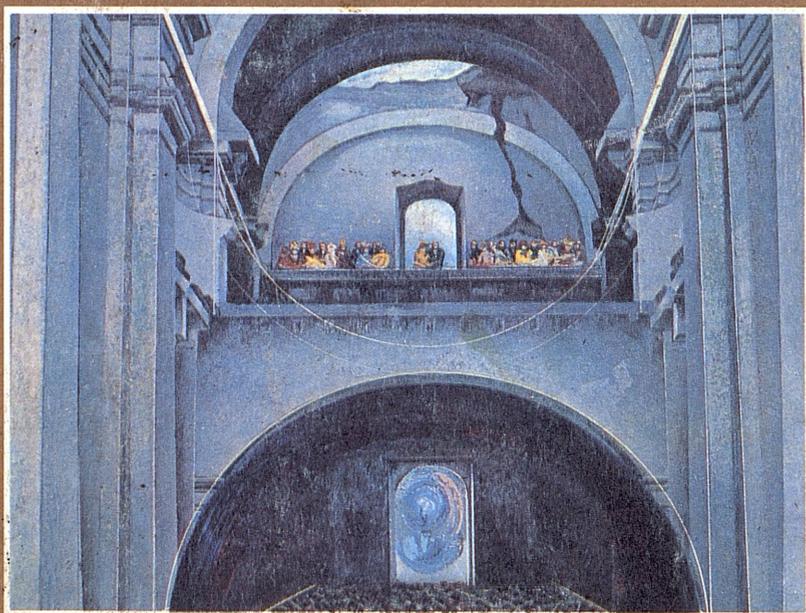


MEDIOS Y MEDIACIONES

José Lameiras y Jesús Galindo Cáceres

Editores



EL COLEGIO DE MICHOACÁN

iteso

**MEDIOS Y MEDIACIONES:
LOS CAMBIANTES SENTIDOS DE
LA DOMINACIÓN EN MÉXICO**

José Lameiras y Luis Jesús Galindo Cáceres
Editores



El Colegio de Michoacán



**Instituto Tecnológico y de Estudios
Superiores de Occidente**

ÍNDICE

Presentación	9
Agradecimientos	13
Prólogo	15
La comunicación como nuevo campo antropológico. Las emergencias en ciencias sociales <i>Luis Jesús Galindo Cáceres y José Lameiras</i>	
parte 1. Estudios	
1. Educación, medios de difusión y democracia <i>Enrique Sánchez Ruiz</i>	41
2. No hay una sola manera de "hacer" televidentes <i>Guillermo Orozco Gómez</i>	61
3. El rumor de los pitufos. Un acceso a las culturas orales en México <i>Margarita Zires</i>	85
4. Televisión y familia. Una experiencia etnográfica en la vida de tres hogares colimenses <i>Angélica Bautista, Karla Covarrubia, Ana Uribe</i>	101
5. Las bandas. Entre el mito y el estereotipo. ¿Emergencia de nuevas formas de comunicación? <i>Rossana Reguillo</i>	129

parte 2. Ensayos

6. Los frentes culturales. Culturas, mapas, poderes y luchas por las definiciones legítimas de los sentidos sociales de la vida <i>Jorge A. González</i>	145
7. Comunicación y configuración. Notas para un ensayo de filosofía sobre lo social <i>Luis Jesús Galindo Cáceres</i>	175
8. Perspectiva y configuración sociocultural. Una lectura de <i>The Human Group</i> por George C. Homans <i>Andrew Roth Seneff</i>	197
9. La investigación de la comunicación: ¿Hacia la post-disciplinariedad en ciencias sociales? <i>Raúl Fuentes Navarro</i>	221
Bibliografía	245

PRÓLOGO

La comunicación como nuevo campo antropológico.
Las emergencias en ciencias sociales

Luis Jesús Galindo Cáceres y José Lameiras*

DE LO TEÓRICO A LO CONCRETO

La historia de los últimos quince años de la antropología es abundante, nunca hubo tantos antropólogos como en ese tiempo. Este fenómeno cuantitativo es interesante bajo la perspectiva de lo que ha sucedido en su objeto de estudio durante ese mismo tiempo. Los grupos humanos han crecido en forma casi geométrica, sobre todo en el llamado tercer mundo, los movimientos sociales han traído consigo la certidumbre de que todo cambia con gran velocidad, y ésta es una de las pocas claridades de nuestra época. La diversidad se ha hecho manifiesta como nunca, existe la información y la exposición de referentes en los más diversos medios. Por otra parte las tendencias globalizadoras son de una extensión sin antecedentes, y a la par se presentan conflictos que desgarran la convivencia, y ambos procesos son conocidos, se presentan en los diarios de todo el mundo cada mañana, tarde y noche. Lo particular y lo general se tocan a cada momento, aparecen configuraciones de una enorme complejidad que en un poco movimiento se transforman. La noción del cambio se ha confirmado como el centro de la reflexión contemporánea, el movimiento de nuestras sociedades da vértigo, incertidumbre, incluso miedo. Ante más información la ignorancia aparece con mayor densidad, lo desconocido se encuentra a las puertas de nuestras casas, incluso duerme a nuestro lado, vive dentro de nosotros mismos. Y ante todo esto la antropología parece desintegrarse, una mirada lenta de otra época que no se actualiza, pero (...)

- * El prólogo combina el texto original de Luis Jesús Galindo (Universidad de Colima) con los comentarios extensos de José Lameiras (El Colegio de Michoacán). Para facilitar la lectura de lo que es una conversación escrita, el prólogo redactado por Galindo, en Vallejo, en mayo de 1993 se presenta al tamaño de la caja, mientras que las observaciones de Lameiras, elaboradas en Zamora, en abril de 1994, aparecen a manera de cita: sangradas y en letra de tipo menor.

El mundo teórico de la antropología viene del siglo pasado, se ordena a principios del siglo veinte, estalla después de los años cincuenta, hacia el final de siglo parece existir en cierta ambigüedad . . .

La trayectoria de las formulaciones teóricas en la antropología, la propia formalización del campo de los estudios antropológicos responde, sin embargo, a *un proceso histórico que va mucho más allá*. Las condiciones económicas y sociales decimonónicas en Europa, principalmente en Inglaterra y Francia, permiten comprender el surgimiento de pensamientos sociológicos y culturales, de los elementos científicos de diversas ciencias que influirán a la antropología y los antropólogos.

El campo de la filosofía tampoco fue ajeno para basar o iniciar las formulaciones teóricas de los científicos sociales y su desarrollo progresivo. Los filósofos empiristas y pragmatistas David Hume, John Locke y Thomas Hobbes se encuentran en el origen de científicos como Darwin, Spencer, Comte, Tylor, Morgan, Frazer y otros. La producción de conceptos filosóficos y científicos de Descartes penetró y condujo las reflexiones de no pocos científicos sociales, la creación filosófica alemana —Kant ya concibió una antropología— tiene un peso de gran importancia para la antropología, la sociología, la historia y la economía.

La escuela del particularismo histórico, del relativismo cultural y del empirismo cultural de Franz Boas, tan influyente en la antropología mexicana en los tres primeros decenios del siglo XX, ha de ser comprendida en su complejidad, en la confluencia de su pensamiento con el idealismo objetivo de Schelling, de éste sobre Oken, de Oken sobre los metafísicos inductivos, como Gustav Fechner y Rudolph Lotze y sobre los científicos naturales como Wundt. Curiosamente los filólogos, los escritores románticos —Goethe y Schiller son los ejemplos— los estudiosos del folklore y la lingüística en Alemania (VOLKS-KUNDE y SPRACHENWISSENSCHAFT) tampoco pueden ser ignorados en el contenido del pensamiento Boasiano. Su énfasis en la lingüística —y la comunicación— fue importante.

La significación científica, al lado del acto administrativo, en la investigación, la docencia y la *comunicación* del conocimiento constituyen elementos para comprender la atención en la construcción de un objeto de investigación, la progresión de las formulaciones teóricas y metodológicas, la elección de los fenómenos y hechos a observar. De aquí se comprenderá la necesidad de atender las condiciones sociales, económicas, tecnológicas, históricas y culturales en la emergencia de disciplinas de investigación social como la de la comunicación.

Si se ha subrayado que el origen de la antropología *va mucho más allá* de su formalización, con ello se quiere indicar que ha existido *de hecho* un *pensamiento antropológico* nacido con el hombre mismo, una representación del "yo"

y del "otro"; de manera similar la comunicación, como objeto de interés cultural y social debe ser tomada como un asunto preexistente al de la formalización de su estudio en términos científicos.

Actualmente hay más ediciones de temas antropológicos en un sentido tradicional que hace treinta años; hay más consumidores y hay más poder productor. Sin embargo los maestros de cincuenta años o más se debaten entre los clásicos y las novedades sin alcanzar a asimilar el conjunto. Las modas nos traen al olvido, los jóvenes conocen a algunos autores viejos y a algunos autores nuevos, escogen en forma asistemática sus filias y repugnancias. La política que resolvía por un tiempo qué leer y atender está en reconfiguración, no puede asumir la guía intelectual como antes. El público en general se mueve a través de la información de los medios de información colectiva, y ellos no tienen comunicación con la academia, la cual suele tener contacto sólo consigo misma y en forma oportunista con quien esté en el poder social. La situación parece difícil para la institución que se desea mirar a sí misma como coherente y orgánica al mundo del que forma parte, para la parte autista todo va bien siempre y cuando no peligre el subsidio. El conjunto es por demás interesante. . .

Tal situación, que al menos ha influido en tres generaciones de antropólogos en México obliga a considerar a los científicos sociales como actores sociales; primero como ciudadanos y productos culturales, luego como miembros de una academia que atiende por necesidades docentes el desarrollo del conocimiento que le es relevante y por necesidades de investigación —pertinente a los propios cambios sociales y culturales— una atención a la complejización de su universo de trabajo; finalmente como participantes en instituciones oficiales y privadas que en forma directa o indirecta, burocrática y tecnocrática o autónoma y creativa los ligan o los preservan de la acción del Estado.

Al problema del enclaustramiento de la academia, de un circunloquio y un oportunismo; al del autismo de varios científicos sociales, hay que añadir los que conducen a su enajenación —institucional y personal— vía las exigencias tecnocráticas de la *ciencia* dirigida, presupuestada y clasificada oficialmente. Antropólogos o comunicólogos, sociólogos o politólogos, historiadores o economistas no escapamos a la presión política desde la elección de nuestro sujeto de estudio. Pero el conjunto no sólo es interesante, lo es precisamente porque vuelve a exhibir la complejidad de la relación del quehacer científico en relación con la sociedad y el momento histórico en el que lucha por organizarse y superar sus crisis.

La antropología son los antropólogos que se nombran así unos a otros y a sí mismos y que son reconocidos por los demás como tales. Partiendo de este primado del juego social los antropólogos que cumplen con todas las reglas son menos de los que pensamos, y en ese momento entran en juego nuevos elementos formales y de ubicación institucional y curricular muy ligados a las reglas primarias. En este segundo estado se encuentran aun menos. Y así llegamos al corazón de la institución antropológica, al gremio de los muy pocos que deciden quién es quién en última instancia. En este último lugar se dictan las guías del buen antropólogo y se sancionan legalmente las obras y los hombres (y mujeres por supuesto). Así se ha acordado, frente a ellos están los disidentes, los contestatarios, los que buscan poder y los que se mueven en sentido contrario. Todos ellos son miembros de la gran familia antropológica en el sentido más amplio. . .

Más que comparable a una gran familia y aun a un clan o un grupo tribal, la antropología puede ser homologada, metafóricamente, a una confederación ocasional o situacional, coyuntural quizá, de grupos, de intereses, de objetivos y de procedimientos para satisfacerlos. Esa confederación reúne, en momentos históricos, a antropólogos con sociólogos de la cultura, a aquéllos con biólogos y etólogos; con psicólogos, físicos y químicos. El afán holístico de la antropología le hizo, prácticamente desde un principio, interesarse por el "todo complejo" Tyloriano que incluye múltiples hechos y fenómenos menos clasificables, más "cualesquiera otros hábitos y capacidades adquiridos por el hombre como miembro de la sociedad". Ciertamente un objeto grande y amplio propuesto como campo de la investigación antropológica. Desde Tylor la antropología ha ido reduciendo hasta nuestros días sus ambiciones holísticas. Esto último conduce a interrogar a los "nuevos tratamientos" de fenómenos sociales como el de la comunicación moderna, en un contexto de progresión tecnológica, en la difusión de la información, de complejización de los emisores y receptores de la comunicación y de formas culturales y sociales de emisión y recepción y de trazar un camino inverso: de un "epifenómeno" de la sociedad y la cultura a un fenómeno universal de ambas; de una atención reciente a los hechos comunicados por la literatura, la telegrafía, la radio y la televisión a un interés por sus raíces anteriores como preocupación intelectual que no sólo aparece como producto de un mundo evolucionado tecnológicamente, sino condicionado originalmente. Un tratamiento o una concepción similar podría conducir a un entente entre antropología —y sociología— con los estudios sobre comunicación e historia.

En todo este juego y rejuego de relaciones e intereses aparece la perspectiva académica de estudio de la comunicación. Esto sucede alrededor de los años cincuenta, justo cuando en la antropología se está presentando quizás su tercer momento crítico que habrá de agudizarse en los ochenta. Muy peculiar situación temporal, en los ochenta la comunicación tiene una expansión general en el mundo Occidental. Esta coincidencia o serie de coincidencias pueden ser puntas sugerentes de reflexión.

La comunicación emerge en el momento en que las ciencias sociales tienen un repliegue en sí mismas para ventilar sus nuevos y viejos discursos. Mientras que las ciencias sociales se enfrentan ante la dura tradición del siglo pasado y de principios de siglo para poder ajustar sus miradas a los nuevos tiempos de la llamada posguerra, la comunicación se mueve sin dificultad del lado de las nuevas tecnologías de información y las perspectivas filosóficas que buscan entenderlas. En unos cuantos años la situación se ha establecido y ordenado, para unos el nuevo campo pertenece a lo social, para otros es independiente y emergente, para otros más es un objeto interdisciplinario y todo lo demás sigue igual. Para los setenta la politización de lo sociológico y antropológico llega al tope y se lleva de paso a la comunicación sociologizada. En los ochenta las ciencias sociales entran en la profundización de una crisis de los llamados paradigmas, sucede que la comunicación sociologizada comparte esa crisis pero también la vive en forma particular. Mientras esto sucede las otras dos voluntades han tenido sus propios procesos y en los ochenta se vuelven a encontrar con su parte sociologizada. . .

El proceso de desarrollo de la antropología, que en la posguerra cumplía un poco más de un siglo, comenzó planteando dos distinciones analíticas de una misma realidad: cultura y sociedad. Sus crisis paradigmáticas han sucedido tras periodos más o menos largos de organicidad. Edward B. Tylor, uno de los lucidos abogados que originara los estudios de la cultura consideraba este campo en una total amplitud. Para él, la historia no era una realidad accesoria, sino fundamental; era sinónimo de evolución y ésta era una realidad interna e intrínseca de las sociedades y las culturas, al mismo tiempo que una forma de considerarlas. Tal perspectiva implicaba necesariamente la utilización del método comparativo básicamente, el cual opera a través de la elaboración de tipologías que permiten ordenar y diferenciar las sociedades y culturas en una secuencia y buscar generalizaciones.

A más de cien años de las propuestas evolucionistas de Tylor, de Morgan y otros, el particularismo histórico de Franz Boas oponía una historia local,

secundaria a una historia global, a una historia que permite interrelacionar las distintas sociedades y culturas una historia que se reduce a un área. El método comparativo se desacreditaba.

El concepto de cultura fue considerado demasiado general y vago y un proceso de interiorización —relativamente opuesto al de exteriorización— llevó a fijar la atención en otros elementos; de la atención a la conducta de grupos e individuos luego se pasará a su psicología y temperamento, de la conducta externa —lo más visible para Tylor— a su pensamiento. Se desplazaba el *locus* de la cultura de la sociedad a los individuos, a su cerebro y a la biología.

Esta fue la primera crisis de la antropología de la cultura y muestra cómo esta disciplina se *reorganiza* para salir de sus vicisitudes: Kroeber atacaría al reduccionismo psicologista y biologista defendiendo la especificidad de la cultura y de la antropología. A partir de la reorientación Kroeberiana, Leslie White llegaba a considerar que la cultura tiene una naturaleza simbólica, a plantear que la capacidad del hombre de atribuir significados a las cosas, independientemente de su naturaleza y estructura materiales, conduce a desplazar la oposición entre biología (psicología) y, cultura a la posición del hombre y los demás seres, dentro del proceso de la evolución.

De los cuarenta a los ochenta los campos de interés de la antropología se han multiplicado y la alternancia de paradigmas permite considerar que las crisis constituyen rupturas relativas, puesto que para la formulación de un nuevo paradigma ha de entenderse a la ciencia inserta en un proceso continuo de evolución y "selección" de modelos que más se aproximan a la "verdad" y al conocimiento.

La comunicación que se creía independiente ha tenido un duro camino, se ha identificado con diversas disciplinas sin asumir compromisos y responsabilidades. Se ubicó en largos periodos en su nicho tecnológico y práctico intentando encontrar respuestas de sentido en el qué hacer ordinario de la información, aún en ciertos lugares ésta parece ser la forma académica natural, algunos opinan que es la figura más generalizada. La vertiente interdisciplinaria dejó la identidad a un lado y se ubicó en las diversas disciplinas humanísticas, científicas y tecnológicas, teniendo como referente a lo que iba entendiendo por comunicación desde esos distintos puntos de vista. Lo que sucedió es interesante, se fue conformando un frente de reflexión sobre el objeto sin conciencia de que tal cosa sucedía, hacia finales de los ochenta empezó a asumir la situación y al mirarse a sí mismo descubre una comunidad inmensa y dispersa. Lo que sucede en ese momento es parte de nuestra historia actual.

Los tres movimientos humanista, científico y tecnológico se encuentran en el camino hacia la última década del siglo, la perspectiva no es de una nueva ciencia que madura hacia la plenitud, lo que se configura es una conciencia de que algo nuevo está sucediendo, que lo acontecido desde los cuarenta es un momento de germinación de lo que ahora aparece como un principio de claridad. La comunicación no es una rama más del saber humano, es una perspectiva nueva del saber humano.

Lo que implica esta posición es una revolución del conocimiento hacia finales del siglo, todos los saberes que se han movido por décadas con una sensación de crisis permanente ahora parece tienen un nuevo lugar para rehacerse y renacer en una nueva visión. La comunicación misma de los años cincuenta y setenta no era lo que ahora se vislumbra, es su detonador, no único pero sí necesario.

En el supuesto de que todo lo anterior esté sucediendo, la antropología y otras disciplinas lo viven en forma diferenciable. En el caso de la filosofía es impresionante lo que sucede desde el campo de la reflexión sobre el lenguaje, la cultura y la sociedad. La física y la química se han transformado con planteamientos sobre lo complejo, lo simultáneo, lo vivo, lo sistemático, lo energético. El frente cognitivo ha desarrollado nuevas propuestas sobre la experiencia, la percepción, la intención, la conciencia. Hay un movimiento que une a diversos planos disciplinares en una perspectiva unitaria y plural, la comunicación es central en ese movimiento, igual para la filosofía que para la física, lo mismo para las ciencias del cerebro que para la psicología y las ciencias sociales. La antropología tiene una densidad institucional muy fuerte, en ella los cambios se reconocen con mayor lentitud que en otras áreas, pero aun así existen aproximaciones cognitivas a partir de la reflexión sobre lo simbólico y lo mítico, sobre la percepción social y los mundos posibles. Lo semiótico ha tomado por asalto a lo antropológico, la hermenéutica es una moda y una crítica, una reflexión y una transformación del pensamiento que hasta hoy había imperado.

Los cambios no son instantáneos para nuestras rudas y necias formas de entender, aunque en otros sentidos el movimiento es constante y una trayectoria configurativa plástica y cinética. En nuestro medio los antropólogos se han hecho en un campo disciplinar que los aísla y garantiza su principio de realidad, el exterior es reducido a ciertas normas y matrices definidas internamente, lo desconocido siempre es reconocible, la incerti-

dumbre siempre tiene respuestas. Pero la inercia institucional no lo es todo, las filtraciones se llaman coyuntura política, lucha interna, falta de subsidio, debilidad disciplinar, oportunismo, comodidad, y otros. El caso es que hay antropólogos que no reconocen ortodoxia imperante, que están con los ojos muy abiertos e intentan nuevos vínculos de sentido que los lleven a algo semejante a principios de acción. No son pocos, la vida del especialista es frágil ante las veleidosas formas del mercado laboral, y la honestidad profesional funciona como acicate para la prudencia y la sabiduría práctica. Total, que los antropólogos se han preguntado por la comunicación como objeto antropológico, se han acercado a los especialistas reconocibles de esa nueva forma de intención reflexión, y han dialogado con otros sobre lo que significa e implica para hoy y el futuro, para la academia y para la sociedad, eso que llaman comunicación. No son mayoría, pero son el principio de lo que será sentido común.

Ante estos discursos queda todo por precisar, todo por aclarar, y por tanto se abre a la reflexión y a la polémica. Para continuar este proceso algunas ideas y argumentos no están demás, todo lo que enriquece un encuentro de perspectivas tiene su bondad.

Si bien el concepto de comunicación tiene uno o varios significados específicos para los comunicólogos que estudian el fenómeno en los mismos medios y mediaciones, la antropología concibe a la comunicación y la cultura como equivalentes. Vista la cultura como la estructuración de un macrosistema de elementos interactuantes dinámicamente y organizados funcionalmente de acuerdo a fines —conscientes o no— se supone que la interacción, el intercambio, la relación de los elementos del sistema, al mismo tiempo limitados y relacionados (sistema social-cultural, sistema económico-político, sistema tecnológico-comunicativo, etc.) indica una red de comunicaciones que implican códigos conducentes a la acción y a su interpretación mediante indicadores, señales, signos y símbolos.

Fuera de la comunicación, tal como la conciben los semiólogos y los comunicólogos y el hecho de que la antropología pueda compartir con ellos tal concepción, una contextualización histórica y una posición de relativismo cultural permiten plantear que, de facto, la antropología ha tomado siempre en cuenta el fenómeno y la interpretación de los "hechos de comunicación". Vista la antropología como una cultura, trató desde un principio de lograr una comunicación activa e interpretativa con sus sujetos de estudio, bien describiendo sistemas de símbolos no verbales, bien observando sistemas sociales que expresan una analogía con el lenguaje gramatical o bien manifestaciones

culturales y sociales que denotan comunicaciones espaciales, icónicas, cognitivas, organizativas e ideológicas. Dentro de la antropología luego de la lingüística, la arqueología es quizá la otra subdisciplina que inicialmente se preocupó por el problema de la comunicación y de la significación.

Sin embargo, el fenómeno de la masificación cultural y social, el de la mundialización frente a los del resurgimiento de la nacionalización, la regionalización y las identidades étnicas y religiosas, los antropólogos habrán de seguir los trabajos e interpretaciones de los investigadores de la comunicación. De ello depende que lo dominante, tanto como lo dominado cobre, tanto una mayor documentación como una significación para el estudio de las sociedades complejas y las comunidades rurales y campesinas y la antropología urbana, industrial, de la educación, la etnografía de las instituciones modernas y la dinámica del cambio cultural y social que, finalmente, es uno de los principales intereses antropológicos.

RUTAS POSIBLES PARA UN VIAJE IMAGINARIO

La comunicación se asocia convencionalmente al arte de la conversación, este oficio requiere del ejercicio práctico de dos cualidades configuradas en la vocación de la alteridad, escuchar y hablar. Frente a un interlocutor se precisa una sensibilidad situacional que permita sentir al otro, ponerse en su lugar, imaginar su ruta de sentido, distanciarse para entender; escuchar está ordenado en la recepción, en la acción pasiva, en la entrega, en el lugar del que se abre al exterior. Todo conversador sabe que una buena plática depende de por lo menos dos si son dos los participantes, y de tres si son tres, más de tres tiene complicaciones particulares. La atención se concentra mejor en una persona a la vez, también para este oficio paralelo al amor, una persona es importante en cada ocasión. Pero también está la imaginación, en el conversar se configuran mundos que se habitan por un instante o varias horas, esos mundos pueden ser de dos o de más, cuando hay varios conversantes todos pueden entrar en comunión si el mismo mundo los pone en contacto, el mundo creado en la conversación misma. Todo principia en uno o en el otro, y después sólo hay participación de lo que involucra a ambos. Cuando se escucha se trae al otro al propio interior y se le asocia a lo propio y a lo común. Para que esto suceda el acto invierte el flujo energético del dar al recibir, el agradecimiento de la generosidad del otro, y después la respuesta con su cadena de asociaciones posibles y la situación que separa a los integrantes de su autonomía y aislamiento para unirlos en un mundo común

que inaugura toda la vida pública, toda perspectiva de lo social como solidaridad, como hermandad de sentido.

La antropología no sólo requiere, sino que está obligada a la sensibilidad del observante respecto a sus observados y entrevistados; de la necesidad de compenetración afectiva e intelectual entre el investigador y sus informantes y de la bondad del hecho de que exista reciprocidad entre ellos en términos de una inclinación amistosa por coincidencias en sentimientos, maneras de ser y formas de pensar. Esto no implica, sin embargo y obviamente, la posibilidad plena de una comunicación total. El antropólogo tiene que saber que su lógica de pensamiento se enfrenta casi siempre con la lógica del otro, que existe de un lado una conciencia reflexiva y del otro una conciencia mayormente práctica. No por otra razón se distingue a la conducta del pensamiento o de la representación a posteriori de la acción. La investigación de lo cultural y lo social demanda una conciencia de los contrastes entre las visiones *emic* y *etic*, entre los informantes y los captores de la información. Si se quiere, todo ello parte de la consideración del hombre como un ser simbólico, de las diferencias —que desde lo cotidiano a lo que de ello toma el investigador como asociación convencional pero habitual en su disciplina— entre unas y otras formas de representación, entre unas y otras formas de clasificación, entre unas y otras formas de relacionar con una lógica relativa el hacer, el ser y el pensar sobre el hacer y el ser.

Al hablar aparece el yo activo, se pone en marcha toda la configuración interna que propone lo expresivo y las emociones. El actor es ante todo un agente dramático que pone en escena algo que viene de su interior. El momento de la palabra es uno de los sucesos más maravillosos de la vida humana, es cuando el individuo se expone a su colectividad a través de su voz, acto de unión medular de lo colectivo y lo particular. Entonces el conversador es él mismo, el conocido y el desconocido, es la historia de sus contactos lingüísticos, de sus aprendizajes, de su percepción amplia y sensible, y es también los otros, todos aquéllos que han tejido el lenguaje que ahora se pone en movimiento en el acto expresivo. Y sucede que un universo se colapsa en unas frases, en algunos referentes, en ciertas intenciones, y ese cosmos se dirige hacia un otro que recibe aquello como una ola de energía ordenada en algún sentido y que reconfigurará su interior de alguna manera. La comunicación está dada, en lo grande y lo pequeño, en la frase casual y en la gran explosión energética, en cada vez que alguien habla y alguien

escucha se inicia de nuevo la creación original, el mundo es inventado de nuevo.

Resulta entonces desde ambas perspectivas que la comunicación es un acontecimiento extraordinario donde la condición humana se verifica, se construye, se configura. Tan simple como la idea o la imagen de una conservación en vivo o en tiempos diferidos. Los seres humanos son la comunicación, en ella se hacen. Y esto sucede en volúmenes impresionantes, cada segundo millones de personas en todo el mundo crean a la humanidad en un acto comunicativo. La vida interior y exterior se ordena en la red gigantesca de esos actos comunicativos. Hay una lógica de comprensión de lo humano implícita en este modo de ver la vida de los hombres como una unidad, como un gran proceso único, complejo pero unitario. La comunicación permite esa perspectiva. Nuestra forma tradicional de ver a lo humano es mirando hombres en grupo, hombres individuales y personas, partes, siempre partes. Llegamos a suponer que es así, no un punto de vista, sino la forma en que lo humano acontece. Inmediatamente buscamos lo que identifica opuesto a lo que distingue, esa es la lógica del conocimiento. Nunca o casi nunca se nos ocurre empezar por la totalidad, la necesidad de la vía racional y analítica ciega todo otro proceso de conocimiento, y eso es lo que impide cumplir las propias promesas del conocimiento de partes que se unen en un todo. La perspectiva de comunicación exige un punto de partida holístico, pero no analítico solamente, sino también intuitivo, plástico, sentimental, sensorial. Esta es la revolución que se percibe en el final de siglo, la comunicación como perspectiva del todo a las partes.

El conocimiento puede entenderse como complementario al acto comunicativo, aquí pasan cosas muy peculiares. El conocimiento tiene como base un cerebro, un procesador de información, es esta la imagen de un ser aislado y formalmente único. La comunicación derivada de esta noción es el contacto entre dos formas de conocimiento que se ponen en contacto. El pobrecito análisis proyecta su soledad a toda la humanidad, declara solitaria a toda persona, y en un arranque de idealismo puede proponer que se ponga en contacto para su bien. Y todos los hijos de la racionalidad solipsista se la creyeron e inventaron a una ciencia que de principio padece de esquizofrenia. Mientras tanto afuera el mundo se acariciaba y percibía, se sabía en común, se comunicaba.

La reflexión se separa de la vida con la promesa de que así se le entenderá, y que entenderla así traerá una mejor forma de vida. Visiones del infierno que se han propagado y han condenado a muchas tiernas sensibilidades, corrupción del sentido para la soberbia de poder analítico. Ese conocimiento se opone a la comunicación, ese conocimiento divide, separa, aísla, carcome por dentro gracias a la coraza construida en el contacto con el exterior. Por supuesto que a los científicos sociales racionales hijos del siglo dieciocho y diecinueve, sobre todo el dieciocho, y quizás el diecisiete, la comunicación les resulta un hueso duro de roer. La miran analíticamente y declaran sobre su naturaleza y principios, la quieren mirar al microscopio, desean entenderla en el telescopio, pero enfrentarla en vivo, eso lo dejan para la vida privada y su ceguera normativa e institucional. Una visión de un cuadro peculiar.

Desde otro punto de vista el asunto tiene otras posibilidades. La comunicación, en tanto ha ido apareciendo en el discurso de las ciencias sociales a lo largo de las últimas décadas. Resulta que los autores alemanes con su reconocida formación filosófica nos han mostrado su importancia, pero también italianos y franceses nos muestran el valor de lo simbólico y lo semiótico. Los autores americanos están divididos, los que hablan en inglés y los que hablan español, esta división todavía es más grande cuando se escribe en una u otra lengua, los que hablan inglés sólo leen en inglés, los que hablan en español también deben leer en inglés. Cosas del campo académico y esos asuntos de la libertad y la oportunidad. Pues bien, ante esta justicia peculiar, cuando acá hablamos y escribimos de algo referido a la comunicación lo nombramos con otros nombres e intentamos decir algo. Nuestros maestros nos juzgan bajo la vigilancia de su autoimagen institucional, difícil esperar algo más.

Especialmente para el antropólogo —como se puede suponer para otros científicos sociales— es su propia visión como un "yo", su actuación académica y profesional. Su condición de miembro de una determinada comunidad, parcializada paradigmática y jerárquicamente, le impone referentes sociales y políticos. La situación de los "cincuentones" en la antropología, como en la ciencia de la comunicación ya nos implica una reflexión compleja sobre grupos y personas, sobre nuestras totalidades y configuraciones presentes. Las ventajas de la edad, quizá las únicas en nuestra vida laboral, es la experiencia histórica en términos de situaciones que nos han obligado a pasar de una a otra

perspectiva en el conocimiento; experiencia de la elección que hemos tenido que hacer de unos a otros textos y discursos, de la distinción de los *tiempos* que determinadas ciencias requieren —un físico, un químico o un matemático pueden requerir apenas un par de meses para un descubrimiento o una invención— y los *tiempos* que otras demandan para tener alguna perspectiva evidente y las certezas que nos parecen sólidas.

En este sentido, la comunicación —esto es, lenguajes intercambiables y traducibles, de significación recíproca e interdisciplinaria— nos parece una forma óptima, no necesariamente antitética, aunque no negada como un campo de conflicto y lucha, que progresiva, metodológica y teóricamente nos hará diferentes y socios en términos de un relativismo cultural, que no necesariamente entre en contradicción con una probable universalización creciente del conocimiento sobre la comunicación. Antropología y comunicación son solo perspectivas, parcializaciones convencionales y convenientes del conocimiento sobre el fenómeno, la esencia y la sustancia de la cultura.

¿Dónde está la comunicación? Imaginemos. Si la incomunicación es la condena a la soledad y sus demonios, toda la dimensión individual de su ausencia afecta a la convivencia social y a las imágenes sociales de la felicidad. El mundo de la intimidad es parte del fenómeno comunicativo, su creatura, imaginemos la energía invertida en incomunicar y la energía invertida en la lucha contra la incomunicación. El espacio público es un buen lugar para imaginar. La publicidad y lo público tienen en común la política y el consumo, las columnas vertebrales de la vida social contemporánea. Las conversaciones sobre lo público, que son todas las conversaciones, tienen censura y autocensura, tenemos lugares especiales para conversar lo que nos afecta a todos y decidir sobre ello, se llaman (conversódromos) de la vida colectiva o parlamentos o similares, sólo unos cuantos tienen derecho a ello. El caso de la publicidad es más interesante, sólo las agencias deciden qué consumiremos y qué no. Si la soledad es un campo privilegiado de la comunicación la solidaridad lo es más, pero también está expropiado, alguien decide cuándo debemos ser solidarios y cuándo no. La política no podría ser comprendida sin profundizar en la vida comunicacional.

Hay más. El mundo de la comunidad es el mundo de la comunicación, según opinan algunos, la información se asocia al poder y a la razón y tiene más relación con la asociación y el orden preestablecido. La sociedad de la comunicación es múltiple, imprevisible, requiere acuerdos colectivos; la sociedad de la información es, por un lado, unitaria, previsible, requiere que

alguien decida y todos los demás acaten; por el otro el Estado es una figura de la razón, de la información, del orden, de la institución, sus extremos son la cancelación de todo punto de vista divergente o participativo desde su exterior. La vida comunitaria nos parece cosa del pasado, nos hemos convencido de que es así, que todo lo posible se mueve a partir del orden estatal. Otros opinan que la libertad de los más fuertes es la única libertad y la libertad necesaria. La comunicación se presenta como alternativa en este campo discursivo.

La razón en cuanto actitud crítica de lo sensible es el ejercicio más difundido de la imaginación, el deseo, su origen, es hoy algo separado y enmascarado en racionalizaciones justificadoras del poder y su miedo al otro. El deseo no teme al otro, por el contrario no hay deseo sin el otro. La razón distancia del otro, busca coartadas para mantenerlo lejos. Algo ha pasado, la vocación de otredad que está en el fundamento de la comunicación se mediatiza en la institución analítica y el orden social que la estructura. Los proyectos individuales y colectivos se sujetan a razonamientos e imágenes deseables, la energía del deseo se dirige, se conduce para el orden y bienestar común. Esto sucede de algún modo, la comunicación vuelve a tener un lugar privilegiado en este asunto. . .

La antropología, sobre todo a sus niveles políticos, atiende tanto a la comunicación como a la incomunicación. En ello toca problemas relacionados con algunas de sus preocupaciones originales; el autismo y la enajenación. Pero el problema de la comunicación está privilegiado y lo ha estado en la antropología de la vida comunal y regional. Debido a ello sabemos que socialmente se condena al ostracismo, a la sustracción personal o grupal, en la comunicación no solo de la felicidad sino del sufrimiento.

Los mitos, los ritos, los dichos, los chismes, los cuentos y demás formas de comunicar experiencias anteriores que pueden ayudar a conducir la vida presente son captadas e interpretadas por los antropólogos para darle sustancia al fenómeno de la comunicación. Con ello reconocemos la necesidad de *una ciencia de la comunicación*, con la condición de la conciencia de sus seguidores y productores, de su pertenencia a una cadena que precisa y justamente puede llamarse *de comunicación y participación del ser humano*, haciendo o considerando a lo público y lo político algo más básico que lo particular y lo económico en el estudio de las relaciones sociales sobre las bases de la cultura y la comunicación.

Estamos imaginando la fuente del mundo social, el deseo individual y colectivo, estamos imaginando los objetos del deseo y las leyes que permiten y prohíben. Estamos imaginando al orden y al desorden, a lo que construye y destruye, estamos imaginando al movimiento enfrentado a la institucionalidad fijadora. La comunicación abre y cierra, las dos cosas, otras opciones suponen la apertura constante del entusiasmo y el derroche, o la necesaria cerrazón en el ahorro y la subsistencia. Todos ocupamos un lugar, todos tenemos opción de compartir la experiencia de la vivencia en ese lugar, la opción de configurar con otros las formas de nuestras relaciones.

Desde una perspectiva antropológica que busca el diálogo con los comunicólogos, el problema del *deseo* permite relacionar varias instancias. Una primera se refiere a lo que impulsa al hombre a la acción, una segunda a la razón social que se pregunta sobre lo conveniente para su progresión —el deseo de democracia y libertad, entre otros— una tercera, al cálculo de lo posible o lo probable y una última a la influencia en los deseos sociales del saber científico como un discurso y la incidencia de las transformaciones tecnológicas sobre el saber y del saber sobre los apetitos y las acciones sociales. Todo ello implica una experiencia, una cultura y una comunicación.

La antropología, en su incursión sobre el deseo —el cual remite a la necesidad— se ha ocupado de las limitaciones y restricciones sobre ambos, preguntándose, en primer lugar, sobre la relación entre desarrollo y satisfacción de deseos y necesidades sociales; por las instituciones que presiden el lazo social; su origen, funciones, estructura y, sobre todo, su legitimidad. Los valores, las reglas, las normas, la ideología y la cosmovisión están relacionadas con actividades cognitivas básicas y/o pensamientos, funciones cognitivas formalizadas ante objetos, físicos o mentales reales, y las preguntas que la sociedad se hace a través de sus relaciones con el medio físico y con el suyo propio.

Otros parámetros han sido y siguen siendo útiles e implican hoy atender tanto al fenómeno de la mundialización como a la historia y el relativismo cultural. Las necesidades sociales —y los deseos que relativamente producen— constituyen relaciones entre personas y cosas y relaciones entre personas y otras personas. Fuera de las necesidades y deseos materiales y espirituales que tiene todo ser humano: subsistir, reproducirse, tener afecto y ser feliz, contar con ayuda; comunicarse con otros; su satisfacción se contempla antropológicamente en términos de diferencias culturales, de clase, de poder, de saber y aun considerando el medio rural, urbano o urbanizado en que se vive y dentro de ellos donde tiene su morada.

Para la antropología es de enorme interés e importancia el efecto de los medios de comunicación, tanto masiva como reducida o exclusiva, sobre la

creación de "necesidades" y en los deseos que impulsan en la naturaleza del hombre como ser proyectante y con ello sobre el querer para el futuro, tanto lo que la razón le presenta como conveniente, cuando se es consciente de ello, como lo que se persigue siendo presa de la enajenación o del autismo. Las necesidades sociales y culturales de libertad y disciplina (normas y reglas garantes de una organización e integración), las de comunicación e información y las de conocimiento vía la educación, la investigación y la difusión del saber, son con frecuencia manipuladas y distorsionadas, no sólo por los medios de comunicación y las clases dominantes; sino, sobre todo, por el Estado y sus instituciones.

El lenguaje es el gran actor discursivo del siglo veinte. La pregunta metafísica que se transformó en epistemológica en el tránsito del siglo de las luces, no bastó. La incógnita por el conocimiento y la razón que lo permite o lo impide se movió a las formas mismas que vehiculan al sentido: el lenguaje. Hemos vivido décadas de presión lingüística, pero no en forma positiva, al estilo del materialista siglo pasado. No, ahora la condición humana vuelve a ser asunto relevante y toda especulación es una serpiente que se muerde la cola. Las consecuencias de nuestros actos de fe han construido una civilización como nunca hubo otra igual, un universo sin principios últimos, sufrimos la condena del aquí y el ahora, del acto de fe reducido al presente, y con una perspectiva histórica que sólo puede ser un presente repetido, y para que esto sea soportable necesitamos la apariencia del movimiento, el vértigo del cambio, aunque no tenga ningún sentido. La filosofía se ha diluido, el pensamiento es quizás sólo un juego peligroso. Mientras tanto el poder mantiene la ilusión por el miedo, las imágenes de desastres por acontecer han presionado a las últimas dos generaciones de occidente. Todo es imaginario, todo es ilusión, y sin embargo la muerte y el hambre rondan por todas partes, la escasez y la vida acorralada son, como en el pasado, guías del principio de realidad. Los políticos y los intelectuales reflexionan e intentan conversar, los religiosos se impulsan en la ceguera que permite ver, los débiles y los fuertes se organizan. El acuerdo sobre lo que sucede y lo que podemos decir está pendiente; no nos tenemos confianza, nos tenemos miedo. El camino de regreso es también duro, pero la nueva racionalidad de la comunicación que parece avanzar, a veces ni parece.

LO CONCRETO SÓLO ES POSIBLE

El logos comunicativo contemporáneo tiene varios rostros, el más visible de todos apunta a los medios de comunicación masiva, el fenómeno de la radiodifusión y el de la televisión han impactado a todo observador de la cultura y la civilización de nuestro mundo actual, la imagen de millones de participantes en un fenómeno de audiencia aún no se comprende en todas sus implicaciones y consecuencias, el asombro aún persiste aunque las indagaciones se multiplican. Este es el rostro más conocido pero no el único. La organización social en sus dimensiones semióticas es casi el centro de múltiples estudios sobre la vida social. El individuo ante la complejidad de la civilización industrial y postindustrial tiene atareados a muchos. La cultura como organización del sentido se ha ido asimilando a la curiosidad por la comunicación. Por supuesto la política y la economía son campos donde cada vez se mueve mejor este punto de vista emergente.

Algo llama la atención, por donde se miren las tendencias de estudio y búsqueda de la comprensión o explicación del asunto comunicativo, la sociedad de masas y la tecnología de la información es un sustrato que aparece una y otra vez en forma directa o indirecta. Parece que la aproximación cognitiva de la sociedad contemporánea tiene este elemento como una forma estructural cada vez con mayor peso y centralidad. Nuestra vida está ordenada por guías de información, por instituciones de información, por indicadores de información. Todo puede ser visto bajo la mirada de este nuevo eje de organización así descubierto. El caso es que el fenómeno no es nuevo, desde hoy se puede ver hacia atrás o hacia adelante en el tiempo y el sentido del movimiento y la institución social aparecen en el orden informativo y su respectiva racionalidad y tecnología. Impresionante, un constructo que permite una visión distinta de la historia de la humanidad.

Esto sucede así por la peculiar generación que nos toca convivir, la racionalidad del tiempo y el espacio, de la energía y el poder se reduce, se configuran con cierta facilidad en la perspectiva de la información. Incluso la estética no puede huir a su caracterización informática. El holograma es la figura central hacia finales del siglo, una configuración de información bajo ciertas condiciones perceptuales. El mundo es información configurada, es más, el concepto mismo es configurado, ordenado, connota una cierta estructura y sistema en movimiento. Ahí están todo tipo de científicos bajo

el campo cognitivo de la asociación posible de todo con todo bajo ciertas formas que a su vez también están pautadas. Parece el gran salto hacia otras formas del saber y de la percepción del cosmos.

El mundo de la información es un bastión de la racionalidad, sus fronteras se abren y tienen una rápida movilidad. Pero también está el referente humano, la sensibilidad y el sentimiento, la otra parte del ser pensante que junto con la intuición plantea aún mucho camino por recorrer. Ahí se ubica la comunicación. Por supuesto que existe un referente informático y racional de su interpretación, pero lo interesante es que dando mucha batalla con aquello de que comunicación es lo que pone en común, lo racional tiene su lugar, pero también la fe y la pasión tienen el suyo, también la magia y la religión tienen el suyo. El asunto planteado así se torna más interesante aún, la comunicación también incluye en su seno a la irracionalidad.

En la óptica antropológica, no necesariamente opuesta a la de la comunicología, pero en este caso, o en términos de interlocución, a nivel de receptoría y de referentes, la insuficiencia de la pregunta epistemológica y el lenguaje, se nos presentan igualmente como puntos de atención, como discurso performativo que, vehiculando el sentido, conduce —eventual y situacionalmente— al conocimiento.

En los dominios e intereses antropológicos, particularmente en el de la cultura con vocación historiográfica se plantea, no obstante, la certeza de la esencia materialista del siglo XIX en el que, si bien se originaron formas positivistas, pragmatistas, empiristas y racionalistas para lograr el conocimiento de la realidad social, también germinaron y continuaron modos idealistas, subjetivistas y romanticistas de abordar la "condición humana" como asunto relevante. Mas, si algo recibieron las ciencias sociales como herencia decimonónica es ciertamente la necesidad de un conocimiento interesado, no opuesto a la acción —el orientado por Marx y Engels es un ejemplo— un conocimiento basado en la experiencia, no especulativo; igualmente la oposición del saber al creer —del siglo diecinueve proviene también la secularización del conocimiento— y la prevalencia de la comprensión sobre la restricción.

El pensamiento no es un juego peligroso, es un juego necesario, siempre y cuando, en tanto juego, sus reglas se determinen. Si pensar es una respuesta a un hecho del habla, que es un hecho de comunicación, el problema requiere de referentes objetivos y subjetivos, de procedimientos conjugados de inducción y deducción. En este sentido es cuando hay que pensar en el pensamiento, en sus condicionamientos, en su organización, estructuración, finalidades y alcances. El pensar depende de bases institucionales: la familia y la educación informal, la escuela y la educación deliberada, los credos, los medios laborales,

las empresas y el Estado y sus agencias. Pero la educación, el pensamiento, la información, la socialización y el conocimiento también se relacionan con lo cotidiano, con la actuación o su limitación, con un conjunto de características que determinan la posibilidad de la instrucción, la reflexión, la referencia, la misma socialización y el saberse y saber sobre el exterior. De todo esto emerge el problema de la formación de una razón, de un pensamiento crítico que parte de la primera socialización, el potencial de la educación formal y la socialización temprana con la oferta y el consumo que los medios ofrecen al ciudadano común.

Si junto con la transmisión de la cultura del pasado al presente, nuestra conducta depende de la comunicación social y de la interacción individual, la comunicación —como cultura— se convierte en un objeto privilegiado de atención en cuanto a la detección de un fenómeno, su descripción, su análisis y su interpretación, llamando a cuenta a sus subyacentes y sus condicionantes. Ello no sólo cumple con las ambiciones holísticas de la antropología, sino con las pretensiones de toda ciencia social, como es la de relacionar acción y pensamiento. Lo preocupante es la índole de la "comunicación", sus fuentes e intenciones; los campos y razones de la incomunicación, la perturbación política del pensamiento, de la razón y del conocimiento que pueden provocar la comunicación, no siempre explícita o abierta, a través de medios muy distintos, directos, indirectos, acordes o contradictorios para el sistema institucionalizado.

Una antropología que asumiera la perspectiva señalada podría empacharse y morir de indigestión, la que no pudiera renunciar a su filiación positiva y su necesidad materialista y mecánica. Pero hay otras antropologías que siempre han estado entre el Dios racional y el diablo irracional, esas podrían crecer en posibilidades, o morir por causas similares a las positivistas, el dogmatismo intolerante. En fin, que lo que también podría ocurrir es que emergiera una nueva opción, simplemente algo distinto que asumiera lo anterior con nuevos objetos y valores. Esto ha sucedido antes, puede volver a ocurrir.

En esta avenida de acontecimientos aparecen ciertos elementos que pueden ser las bases para lo que puede construirse. Uno de ellos acontece en el campo de la comunicación, otro en el de la antropología. Desde hace una década hubo un cambio importante en el discurso de la comunicación de las ciencias sociales, empezó a generalizarse el uso del término mediación para oponerlo al de medio. Esto es relevante en varios sentidos. Por otra parte en el campo antropológico se sintió el efecto de la perspectiva

simbólica y hermenéutica, después de cierta presencia del paradigma procesual de la acción, que suponía a un sujeto y a los individuos. Esto provoca una agitación grande entre las voces y los ecos de las grandes escuelas vigentes hasta los años cincuenta. Ambos acontecimientos se encuentran en el arranque de la década de los ochenta y finales de la anterior. Para los noventa parece que surgen condiciones de renovación no apreciadas con anterioridad, y que aun con ciertas posibilidades se enfrentan a la ortodoxia y a la legitimidad instituida que poco a poco abren la mano ante las aparentes crisis internas. Lo que suceda a partir de ahora es historia del futuro y depende de voluntades y relación de esfuerzos para vencer obstáculos e inercias.

La noción de mediación no ha revolucionado la visión sociológica de la comunicación, su presencia implica la aceptación del agotamiento aparente de la omnipotencia de los medios. Antes de la mediación se vivieron décadas en el debate sobre la fuerza de los llamados medios de comunicación, por una parte era inobjetable que las audiencias aumentaban, que la publicidad funciona, que el tiempo social dedicado a ellos es cada vez más central, pero también las muestras de fracasos en campañas, en inversiones, en intenciones, permitía pensar que la cosa no era tan sencilla. Por años, desde la emergencia académica de la comunicación en los cincuenta, el avance en este terreno propio de la investigación de la comunicación fue integrar cada vez más condiciones y configuraciones circunstanciales para el efecto de los media, la tarea parecía no tener fin, demostrando que para que un programa de los medios tuviera cierto efecto se requerían una multitud de factores, la cosa parecía no andar bien en algún lugar. Este tipo de investigaciones continúa, se ha diversificado y especializado, esa era una salida, asumir que los medios como un todo era algo excesivo y acercarse a lo particular, pero por otro lado aparece una ruptura, la mediación. La investigación de la comunicación se había desarrollado en forma intensiva sobre los medios, ese era su campo natural y casi propiedad exclusiva, pero en el camino se había ido relacionando con otros campos, la psicología, la sociología, la antropología, y con sus supuestos objetos de estudio extraños a los medios. El resultado fue que el objeto se fue abriendo a toda la sociedad, de pronto todo tenía que ver de alguna manera con el fenómeno de lo medios para poder entenderlos. Solución, el punto no está en los medios, está en las relaciones sociales, a eso se llamó mediaciones.

Las mediaciones sociales recuperaban el campo de la comunicación pero asumían el campo de la vida social en su conjunto. La sociedad es un cuerpo de relaciones de sentido donde unos mensajes tienen efecto por la condición de otros. Y no sólo eso, todas las acciones de intención comunicativa, de participación de significados, de efectos discursivos, están dependiendo unas de otras. En unas circunstancias unas afectan más, en otras menos, todo ello es el mundo de la mediación, es decir, para que un acto comunicativo se lleve a cabo hacen falta condiciones previas y simultáneas propias de la comunicación y asociadas a ella. Este es el gran descubrimiento de la comunicación sociologizada. En su ámbito es la superación de una necesidad y la adquisición de una nueva visión. Para la comunicación que estaba desarrollándose fuera de este formato discursivo eso es una obviedad y el camino aún es largo. Lo importante es que quizás éstas son corrientes que iban separadas, así parece que está sucediendo.

Para la antropología, por una parte, el asunto le viene de lado, ante algo que algunos han denominado el estallido postmoderno, el discurso antropológico parece dar bandazos a ratos, muchos han puesto en duda certidumbres añejas, otros empiezan a dudar. El cuadro se compone de tareas corrientes que son resueltas con los esquemas existentes. Lo interesante se presenta cuando aparecen fenómenos que no tienen respuesta total en los modelos convencionales. Entonces se empiezan a hacer ajustes, tantos que al final no se entiende nada. Otros se asumen eclécticos, lo que los obliga a gastarse en dar explicaciones. Otros más se asoman a ver a los vecinos para observar que están haciendo ante lo que se problematiza tanto en la ortodoxia. No hay mucho a donde voltear, pero ahí está la comunicación con sus miles de estudiantes y su pujanza en encontrar una identidad académica. El resultado es que por muchos años se subestimó, con o sin razón, lo que hacían los supuestos investigadores de la comunicación, los que sabían de su existencia, y ahora salen con que hasta tienen alguna cosa interesante que decir.

Dadas las relaciones en la antropología de diversas subdisciplinas con la lingüística, principalmente la antropología de la cultura, la etnología, la etnohistoria y la antropología social, los fenómenos del habla y de la comunicación se encuentran *de facto* en el campo de interés de la antropología antes de la formulación académica de la comunicología. Si para la sociología es un hecho el proceso de comunicación, aplicándose más al análisis de su consecución o de su frustración y sus resultados y posibilidades de avance, la antropología

trata de distinguir primero, en el todo cultural, la comunicación y la interacción, de la cultura como sistema de significados compartidos por un conjunto social. Considera que toda cultura es un lenguaje que produce textos.

En la antropología cognitiva, uno de los "bandazos" antropológicos, la preocupación por la comunicación, las instancias de atención las constituyen las situaciones, los procesos y los tiempos, los mecanismos y las condiciones de la comunicación, que incluyen el origen social y cultural de los actores que tratan de comunicarse. Considerando que el saber científico es comprensible relativamente como discurso basado en un lenguaje; apreciando la relación de la comunicación con la cibernética, apelando al concepto de *feed back* y acentuando que el avance de las ciencias sociales —la superación de sus crisis para su reorganización— el trabajo interdisciplinario es necesario. Así antropólogos, biólogos, culturólogos, economistas, filósofos, historiadores, politólogos, psicólogos y sociólogos pueden sumarse a los trabajos de los comunicólogos.

Mas, considerando la presencia de mediaciones, comunicación sociologizada y cultura como lenguaje, habrá que tener en cuenta el hecho de que la estructuración cultural está constituida por distintos sistemas de signos; que en tanto vista la cultura como un lenguaje —al mismo tiempo que un entramado de lenguajes y de significados— en los problemas de la mediación y la comunicación hay que preveer la amplia gama de lenguajes, contenidos, giros textuales y códigos que operan en la realidad social. El problema implica la heterogeneidad de culturas nacionales como sucede en países como México, la diversidad del desarrollo de los países, en ellos el contraste en sus sectores de actividad. Los estímulos, transformables en información y comunicación, y las reacciones del sistema tienen que ser relativizados de acuerdo a las posibilidades y el estatuto social y cultural del saber. Tanto los problemas de la cultura como los de la comunicación demandan una relación permanente y sistemática con el resto del sistema.

El mismo intercambio entre los comunicólogos y otros científicos sociales exhibe sus respectivos planes conductuales de acción en la indagación y el conocimiento, en sus diversas formas de desarrollo y transmisión lingüística en términos subculturales; los tiempos, espacios y contextos en que emergen, se diferencian y confluyen, y las formas en que sus planes de acción prescriben comportamientos, no únicamente los relativos al lenguaje, que apelan a una tradición o a innovaciones que los han estructurado y codificado. Si formalmente la antropología comenzó su tradición en la segunda mitad del siglo XIX y la comunicología la suya un siglo más tarde, en la realidad ambas emergieron con el hombre mismo, en su búsqueda de identidad frente a la alteridad, en su comunicación consciente e interesada, en su necesidad de ser socialmente y en su necesidad de recordar, ordenar y preveer. La antropología y la comunicología son sistemas de comunicación, sus respectivos códigos se relacionan con comunidades específicas de especialistas en interrogar a la realidad, en encontrar el lado oculto de los fenómenos. Participando ambos del lenguaje de las

ciencias sociales hemos inventado subcódigos que nos ligan a actividades profesionales particulares.

En los últimos tiempos el diálogo se ha iniciado, lo empezaron los comunicólogos en su afán de búsqueda, ahora los no tan soberbios especialistas en ciencias sociales les reconocen en parte su trabajo. Falta mucho por andar, ese diálogo apenas principia, pero aumenta en intensidad. El horno no está para bollos, todo se mueve, lo que suceda en los próximos años, en las décadas por venir, depende de esta apertura y este enérgico movimiento a la comunicación académica. Lo que resulte nadie lo sabe, lo que puede resultar de nuestra cuenta corre, es responsabilidad y compromiso de todos.